

Tratados — 18.

Indice.

1 — Discurso inaugural leido por D. Antonio Coca y Cirera, en la Universidad de Granada en 1862. = Granada — 1862.

2 — Discurso sobre la importancia del estudio de las lenguas extrangeras escrito por D. Antonio Alcalá Galiano y leido en la R. A. Española en 1861 = Madrid — 1861.

3 — Reseña histórica de la fundacion &c. de la Acad. Española por D. Antonio Ferrer del Rio. = Madrid — 1860.

4 — Resumen de las actas y tareas de la R. A. Española en el año académico de 1859-60, leido por D. Manuel Breton de los Herreros. = Madrid — 1860.

5 — Memoria sobre el estado de la Biblioteca de Sevilla, en 1862, por D. Ventura Camacho y Carbajo. = Sevilla — 1863.

6 — Yd id en 1863.

7 — Yd id en 1864.

8 — Escalafon del Cuerpo facultativo de Archiveros — Bibliotecarios en 1863. = Madrid — 1863.

9 — Discursos leidos en la R. A. de Ciencias exactas en la recepcion de D. Carlos Ibañez, en 1863. = Contestacion de D. Antonio Aguilar. = Madrid — 1863.

10 – Memoria sobre la exposicion de Londres por D. Emilio Marquez. = Sevilla – 1863.

11 – Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina y datos nuevos p. ilustrar el Quixote, por D. Aureliano Fernandez-Guerra. = Madrid – 1864.

12 – Discurso inaugural pronunciado en la Universidad literaria de Zaragoza, en 1863, por D. Cosme Alácano. = Zaragoza – 1863.

13 – Epilogo delle discussioni dell' Avv. Giuseppe Panattoni nelle due cause di preteza lesa maestá instruite nei tribunali di Firenze, e di Pistola. = Firenze – 1853.

14 – Almanaque de "El mundo militar, Panorama universal" = Madrid – 1864.

15 – Discurso inaugural leido en la Universidad de Zaragoza en 1864, por D. Clemente Ibarra y Perez. = Zaragoza – 1864.

(Sigue el Indice al final)

1.

DISCURSO INAUGURAL

leido

EN LA SOLEMNE APERTURA

DE LA

Universidad Literaria de Granada,

el dia 1.° de Octubre de 1862.

POR EL DOCTOR

DON ANTONIO COCA Y CIRERA,

Catedrático de la facultad de Medicina de la misma.



GRANADA,

Imprenta de Don Juan María Puchol.

1862.

DISCURSO INAUGURAL

EN LA SOLEMNE APERTURA DE LA

UNIVERSIDAD DE GRANADA

en 1.° de Octubre de 1862.



Illmo. Señor:

Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci,
Lectorem delectando, pariterque monendo.

Horatius: de Arte poetica.

Nada ocurre, por cierto, mas respetuoso y grave en el silencioso recinto de los claustros de las Universidades, que la solemnidad científica que hoy nos tiene reunidos, y que reproduciéndose periódicamente, nos recuerda, bien á pesar nuestro, la jamás interrumpida marcha del inexorable reloj de la eternidad, y que desapareció un año mas en la oscura noche de los siglos.

¡Dia fausto y memorando á la vez el de hoy, que además de llamar á los centros universitarios lo mas selecto de la sociedad por su posicion y saber, anuncia al profesor el imprescindible deber que contrae de estar á la altura de las conquistas mas recientes que ha hecho la ciencia; al alumno, que ha dado un

paso mas en el intrincado camino que ha de recorrer para alcanzar el galardon de sus afanes y laboriosidad; y al padre de familia, últimamente, que la maternal solicitud de nuestra adorada Reina atiende con marcada predileccion á la instruccion pública!

Llega, empero, á su colmo el entusiasmo de la Universidad, con la próxima visita, de esta misma excelsa princesa, á la oriental Granada, que, llena de inmenso júbilo el corazon de sus moradores, da nueva vida á esta bella ciudad y nos trae á la memoria los esclarecidos hechos de su augusta ascendiente, Isabel I.ª de Castilla. Por esto se hace mas sensible que el último soldado de esta milicia literaria deba representar al claustro en tan críticas circunstancias, pues si le asaltó el natural sentimiento de desconfianza en las normales, toca este al extremo en las extraordinarias en que nos encontramos. En efecto, no puedo menos de conocer mi desventajosa posicion, al recordar los nombres de los aventajados profesores que me han precedido en tan espinosa como dificil tarea; pues tal la constituyen la solemnidad del acto, la circunstancia de que lejos de espirar mis palabras en este recinto, deben al contrario, circular por los establecimientos de enseñanza y por las altas regiones oficiales de que esta emana, y, finalmente, lo que parece tan sencillo, á saber, la eleccion del punto que deba tratarse. Este, en verdad, á mas de presentar cierto grado de interés, debe ofrecer la circunstancia de ser fácilmente inteligible, no solo para los profesores de las diversas facultades, sino tambien para el público todo; de

manera que juzgo reñidas con actos de esta naturaleza las cuestiones en estremo científicas, digámoslo asi, y que no salgan de la estrecha esfera del tecnicismo y aridez de un punto aislado cualquiera de la ciencia, por grande que sea, por otra parte, el interés que encierren.

«*Morbi non eloqüentiâ sed remediis curantur*» dijo un célebre médico de la antigüedad, que vivia en tiempo del Salvador del mundo, el elegante Celso; «Las enfermedades no se combaten con elocuentes discursos, sino con los remedios apropiados.» Aduzco, Ilmo. Sr., una cita de tanta valia, para que no se extrañe oir un discurso desprovisto de las seductoras galas de la oratoria que tanto levantan la importancia de un acto público, á la par que enaltecen al orador. Con efecto, el que dedicado á la penosa é ingrata práctica de la medicina, pisa de contínuo un campo sembrado de espinas y abrojos, no se siente, por lo comun, inclinado, ni cuenta con el tiempo suficiente para hacer excursiones por el ameno y florido vergel de la poesia: el que se halla rodeado por do quiera de lágrimas, de miseria, de dolientes ayes y lastimeros quejidos, y lucha de contínuo con la muerte, no puede cultivar con ahinco aquellos agradables al par que sublimes estudios, de los cuales decia Ciceron: «*Hæc studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant;*» sino que atiende con preferencia á los que pueden restañar, ó enjugar por lo menos, aquellas lágrimas, socorrer aquella miseria, sofocar aquellos ayes y quejidos, y embotar, finalmente, el agudo filo de la gua-

daña de la muerte. Existen, sin embargo, honrosas excepciones, que representan dignamente á la medicina.

Espero, pues, confiado en vuestra tolerancia y benevolencia, compañeras inseparables de la ilustracion, que no dareis mala acogida á mi discurso, modesto en la forma y sin pretensiones en el fondo, y que aspira, tan solo, á consignar oficialmente la inauguracion de nuestros estudios académicos del año de 1862.

Débase al espíritu de la época, al desarrollo de ciertos estudios, á los elegantes y vistosos ropages con que se los ha vestido, ó á la moda quizás, cuyo influjo penetra tambien en los dominios de la ciencia; vemos en el dia entronizada la filosofia, y rendirle severo culto la gran mayoria de los hombres pensadores. Registrad, sino, los temas de los discursos inaugurales de las diez universidades del Reino, en el último curso académico, y encontrareis siete de filosofia y tres tan solo agenos á ella. No hablo, Ilmo. Sr., de la filosofia que debe acompañar imprescindiblemente á todos los ramos del saber humano, sin cuyo auxilio serian todos ellos estériles; sino que me refiero á las cuestiones filosóficas mas ó menos trascendentales.

Arrastrado por esta misma corriente, y deseando cumplir, en lo posible, el precepto que forma el lema de este discurso, he dado la preferencia á un punto de filosofia social, y es el siguiente: *Influencia de la mujer en la civilizacion del linaje humano.*

Siendo esta un objeto complexo, sobre el cual no

reine quizás una completa uniformidad de ideas, creo indispensable consignar, si bien en pocas palabras, lo que debe entenderse por verdadera civilizacion, fijándome especialmente en la faz de la misma, sobre que tiene la mujer una influencia mas directa.

I.

¡Civilizacion! nombre mágico que corre de boca en boca, bello ideal que ha llamado siempre de una manera muy particular la atencion de los sabios, y de los Gobiernos ilustrados, y en pos de la cual corremos presurosos con la mas profunda conviccion en el ánimo, y la mas indestructible fe en el corazon, ora atravesando la inmensidad de los mares en un frágil leño, en busca de un nuevo mundo; ora combatiendo el error con la simple y sagrada imágen del Hombre-Dios, que para la redencion del género humano expiró en el Gólgota; ora derramando torrentes de sangre; ora destruyendo magníficas y opulentas ciudades, otros tantos centros del vicio y de la corrupcion; ora, finalmente, empleando la robusta palanca de la educacion física, moral é intelectual de los pueblos. Díganlo, si no los ilustres nombres de Colon, Isabel la Católica, Gran Capitan, Hernan Cortés, nuestros guerreros de la reciente campaña de Africa, las numerosas víctimas de los misioneros que, con el mas heróico valor, y la mas cristiana abne-

gacion, propagan las saludables máximas del Evangelio entre las numerosas hordas de salvages, y en cuyos inhospitalarios paises encuentran tan á menudo el martirio y la muerte, y por último, los hombres notables en saber, piedad y religion, con cuyos dones ilustran y moralizan las masas. ¿Qué seria del linaje humano sin la civilizacion? Sería una tierra seca, erial é inculta, que en lugar de flores produciria únicamente espinas: sería el caos, la oscuridad y la anarquia que tan solo podrian dar frutos amargos y venenosos. La civilizacion, al contrario, es el sol que con sus benéficos rayos vivifica las plantas, el agua que favorece su desarrollo, el suave rocio que les envia el soplo de la mañana, para defenderlas de los rayos abrasadores de aquel astro, cuyo conjunto de circunstancias produce una amena y fértil vega; es, por fin, el lucero refulgente que descubre á los pueblos el sendero que les ha de conducir á su progreso indefinido.

Diremos. por lo tanto, que la civilizacion bien entendida es el estado de mayor perfeccion posible de los pueblos, basado en el progreso moral y material de los mismos. La que no descansa sobre estos dos robustos cimientos, es una civilizacion manca, imperfecta, efímera, raquítica y enfermiza, en una palabra, una civilizacion falsa, que no cumple el grandioso objeto que á la civilizacion verdadera le está encomendado. A la manera, pues, que el desarrollo precoz y extraordinario de las facultades intelectuales se verifica con frecuencia á expensas de el del cuerpo y vice-versa, encontrándose en el equilibrio de los

dos elementos referidos el estado de mayor perfeccion asequible; asi tambien, siempre que uno de los elementos de aquella sofoque ó encadene al otro, debe resultar, como precisa consecuencia, una civilizacion incompleta y claudicante, que enaltecerá al cuerpo en mengua del espíritu, ó al espíritu en mengua del cuerpo.

Forzoso es recordar, en este momento á los espiritualistas fanáticos, que si Dios creó el alma, obra suya es tambien el cuerpo; y á los imprudentes materialistas, que los goces del cuerpo, que no van acompañados de las satisfacciones del alma, son el tipo del egoismo, y en su consecuencia, perjudiciales al hombre y á la humanidad.

Con efecto, los grandes centros de poblacion, donde se levantan suntuosos palacios, magníficos teatros, nutridas bibliotecas, establecimientos de enseñanza bien montados, fábricas colosales y espaciosos talleres, y donde se oye el confuso ruido de infinidad de máquinas, y motores é instrumentos, y el de millares de almas que circulan por sus calles, y de los cuales parte gran número de vias férreas, de esas robustas artérias que dan vida y movimiento á los pueblos; y en cuyos puertos ondean las banderas de los buques de cien naciones estrangeras; y donde el tiempo es siempre escaso por devorarlo el ardor febril del comercio; estos centros, repito, ofrecerán tan solo un falso oropel, si presentan á nuestra vista templos ruinosos y descuidados, si no se oyen resonar en las sagradas bóvedas de los mismos los sentidos acordes de los cánticos y oraciones que elevan los fieles

al trono del Altísimo, si no se procura moralizar al pueblo con los preceptos, y sobre todo con el ejemplo, ó sea el ejercicio de las virtudes; si no se adjudican premios á los actos de valor, de abnegacion, de sufrimiento, en una palabra, á las acciones meritorias y virtuosas, cuya idea rechazan algunos fanáticos, ya porque confunden las acciones buenas y comunes de la vida social, con las que son hijas de la abnegacion y del heroismo; ya porque consideran al hombre tan perfecto y desprovisto de pasiones, como cuando salió de las manos del Criador; deduciendo de ahí, que debe esperarse de él todo lo mas heróico y elevado, sin necesidad del menor estímulo. Recordemos que hay un mundo ideal y otro positivo: suprímanse en este los estímulos ya morales ya materiales, y veremos, salvas algunas excepciones, decaer las artes y las ciencias, y hasta los intereses de la moral. Pues qué, ¿no es acaso, un premio á la virtud, el galardon de la eterna felicidad que se nos promete, si cumplimos con los deberes que nos impone nuestra sagrada Religion? Si con una mano se castiga el crímen, justo es que con la otra se premie la virtud. Felízmente esta idea, mejor diré, esta práctica ha echado ya en nuestra patria hondas raices en pocos años, pues iniciada, para España, en la capital del antiguo Principado, ha sido secundada por nuestra bondadosa Reina, á quien con razon apellida ya la historia la *buena* y *caritativa Isabel*, que cual tierna y solícita madre, está de contínuo dispuesta para aliviar la suerte de los que sufren.

Concédanse al hombre los goces que puedan ha-

cerle la vida cómoda, halagüeña y duradera, evítensele las incomodidades, sinsabores y desgracias, patrimonio tan frecuente de la triste humanidad; no olvidemos, empero, al Supremo Artífice, por apreciar demasiado su obra predilecta, ni el íntimo enlace y armonia que existen entre el espíritu y la materia. Estos no son incompatibles, no se rechazan, como han querido suponer algunos hombres y algunas clases, reñidos eternamente con todo lo que conduce al progreso material de los pueblos, ya sea porque estando obcecados, no hieren su vista los rayos de la verdad, ya porque su egoismo los desvia de ella. Hace pocos meses que un refulgente astro nacido en el seno de la Iglesia, y que brilla en el horizonte de la corte, ha difundido la luz de esta verdad, probando que el progreso material de los pueblos ni está ni ha estado jamás en pugna con los dogmas de nuestra sacrosanta Religion. (1)

Cuidemos, sin embargo, de no confundir la verdadera Religion, con su abuso ó con el fanatismo; evitemos este con todo cuidado, para que no nos conduzca al sangriento lance, de que habla Descuret, de un hijo que hundió el puñal homicida en el seno de su madre, porque para librarle de un peligro de incendio, apagó esta los cirios que ardian ante una imágen de la Vírgen; pues el infeliz monomaníaco habia jurado atravesar el corazon del que osase apagar aquellas luces.

La aparicion del Cristianismo es, sin duda, una de

(1) D. N. Sanchez, Presbítero. Sesiones del Ateneo.

las épocas mas notables, digo mal, la mas notable de la historia del linaje humano. Las palabras del Salvador «Venid á mí todos los que arrastreis cadenas; yo os haré libres» no fueron pronunciadas en balde por el que muriendo en el Calvario como hombre, quebrantó como Dios todas las servidumbres del mundo, dándonos (como indica un escritor católico) todas las libertades; la libertad doméstica, la libertad religiosa, la libertad política y la libertad humana, y arrancando la marca de ignominia que imprimiera la esclavitud en la frente de la humanidad, lepra que afeaba á las civilizaciones antiguas. No se extrañará, pues, que considerándolo como el mas bello timbre de la civilizacion, y el que está mas íntimamente enlazado con la influencia de la mujer en ella, me haya ocupado de él con alguna insistencia.

Prescindiré de las numerosas consideraciones que pueden hacerse sobre la civilizacion material, ya porque me obligarian á traspasar los límites á que debe circunscribirse un discurso de esta naturaleza, ya porque el punto de vista moral y religioso bajo que la he tratado satisface cumplidamente el objeto que me propuse.

II.

La mujer, esa preciosa mitad del linaje humano, esta fiel compañera del hombre, que parece ser el complemento de los inmensos beneficios con que nos

ha colmado la Divinidad, ese esmaltado y brillante floron que descuella entre todas las obras del Criador, presenta un campo sin límites á las mas profundas y sérias meditaciones de los filósofos y de los médicos; pues á pesar de su debilidad, es la mas robusta palanca que dirige á su albedrio el movimiento y la vida moral de los pueblos, lo que ha hecho decir al filósofo ginebrino, á ese republicano moderado por el Evangelio, cuya miseria le habia acercado al pueblo, y cuyo orgullo le habia alejado de los grandes: «Los hombres serán siempre lo que quieran las mujeres: el que desee á aquellos grandes y virtuosos, eduque á estas en la grandeza y la virtud»: notables palabras que encierran en compendio toda la historia de la mujer.

Confundida en los primeros años de su vida con el niño, toma parte en sus juegos y pasatiempos, presenta el mismo carácter é inclinaciones que este, y se halla dotada de su misma inconstancia y vivacidad. Viene, en seguida, una época de mera transicion, que la aleja ya de sus compañeros de infancia y la aproxima á la mujer, época que empieza á los diez años y termina á la entrada de la adolescencia, período de la vida, indudablemente, el mas feliz para ella, pues rodeada constantemente de goces inocentes y de la mas pura alegria, no entreve todavia el turbulento mar de las pasiones que debe surcar muy en breve, ni los graves y sérios deberes que de ella exige su destino. En esta edad exenta de penas y cuidados, como dice muy oportunamente Arce y Luque, la pinta su imaginacion todos los objetos con los mas

risueños colores; canta, llora y rie casi á un mismo tiempo; pero su alegria, placeres y tristeza son efímeras como todas sus impresiones, y llega, pisando flores, á la edad en que la naturaleza produce en ella la metamórfosis mas notable é interesante de su vida.

En efecto, aquel ser que hasta entonces no tenia, digámoslo asi, sexo, ocupa ya el elevado rango de mujer, rango caracterizado por su especial fisonomia, por su talle esbelto y elegante, por la belleza de sus formas, por la finura de sus facciones, por el timbre delicado y melodioso de su voz, por sus bellos colores, y, últimamente, por sus gustos é inclinaciones. En una palabra, el capullo se ha convertido en flor, y queda establecida la adolescencia con todos sus atractivos, esa época la mas brillante de la vida de la mujer, llamada, por el célebre naturalista Buffon, la primavera y estacion de los placeres.

Sujeta, empero, como todo lo creado, á la accion destructora del tiempo, llega una época de verdadera crisis para su porvenir, en la cual ve con sentimiento eclipsarse, hasta desaparecer del todo, sus gracias y atractivos, cuyo mágico poder tenia subyugado al hombre durante el reinado de su belleza, viéndose convertida ya en una reina destronada, cuya tez marchita y surcada de arrugas ofrece un notable contraste con las seductoras formas que poco antes la embellecieran. Colocada, efectivamente, en la cúspide de la escala de la vida, y echando una mirada retrospectiva, da un eterno adios á las borrascas y bullicio del mundo, y purificada ya su alma de las pasiones que por largo tiempo la han dominado, y

especialmente de la del amor, historia de sus pasados años, ilustra su juicio, adquiere mas firmeza de voluntad, concentra mas y mas sus afecciones y cariño en la familia, á la cual le une intimamente el robusto é indisoluble lazo de los hijos. Si en esta edad se eclipsan algun tanto el prestigio é influjo de la mujer á los ojos del mundo frívolo y superficial, elévanse, por el contrario, á mayor altura, á los del hombre pensador y del honrado padre de familia; toda vez que la pérdida de la belleza física, queda sobradamente compensada por el extraordinario ensanche ó desarrollo que adquieren sus dotes morales é intelectuales.

¿Quién diria, sin embargo, que ese ser tan privilegiado, y que reune tales encantos, ha sido mirado en la infancia de la Humanidad, como un objeto el mas indiferente y hasta despreciable? El progreso intelectual, empero, y en su consecuencia, la marcha de la civilizacion fueron levantándola, progresivamente de la abyeccion en que vivia, hasta que apareció felizmente el Cristianismo, el cual coronó la grande obra de la rehabilitacion de la mujer, colocándola en el alto puesto en que hoy dia la vemos figurar, hasta venir á sentarse en los Tronos de las naciones mas importantes y cultas de Europa.

En efecto, echados del Paraiso nuestros primeros padres por haber desobedecido los preceptos de Dios, á instigaciones del angel malo, los primeros hombres que, impulsados por la necesidad y el instinto de conservacion, debieron ser cazadores primero, y pastores mas tarde, formando tribus que representan

la primera asociacion de los hombres en pequeños grupos, y dotados en este último estado de instintos y costumbres mas suaves que en aquel, hicieron experimentar á la mujer la influencia de tal modificacion. Por eso se ha dicho muy oportunamente: (1) «La mujer que habia sido tratada por los cazadores, del propio modo que las bestias del bosque, viéndose arrastrada por la melena al tálamo nupcial, pasagero y comun; bajo la tienda de la tribu encontró un esposo que la protegió al menos, como á su rebaño, y que llegó á estimarla como á un dado número de sus reses, segun su juventud, su belleza, su nacimiento, etc. La mujer, pues, en aquel primer paso de la civilizacion se elevó del embrutecimiento de hembra abandonada, vagabunda, impersonal y comun, á la consideracion de una cosa adquirida, de una propiedad, de una esclava que tomaba asiento en la habitacion nómada de su esposo, cada dia arrancada y plantada de nuevo, al lado de las otras esposas de su marido del propio modo adquiridas.»

Amaneció, por fin, en el horizonte de Belen el brillante astro de igualdad y fraternidad, y sonó la prepotente voz del Hombre-Dios que dijo: «En adelante ya no será el hombre esclavo del hombre, sino su hermano; la esposa no será ya propiedad del marido, sino su compañera; la union de los dos sexos no será un contrato, sino un Sacramento.» Retumbó en la cúpula del Vaticano la voz del sucesor de San

(1) Dr. Arnus: discurso inaugural de la Academia de Medicina de Barcelona, de 1862, sobre el *Progreso intelectual.*

Pedro, que dijo: *«uno con una y para siempre»* rechazando así con la mayor energía y constancia la voluptuosa poligámia que tanto envilece á la mujer, y estableciendo la santidad del matrimonio, que es la mas segura prenda del bienestar de las familias, y la primera piedra sobre que debe cimentarse la verdadera civilizacion. Un tesoro tan precioso que se aja con solo una mirada, y que con un levísimo aliento se empaña, debe estar cubierto con el manto de la religion. Con este motivo se dirige el filósofo de Vich á los protestantes, que consideran al matrimonio como un simple contrato civil, haciéndoles la siguiente pregunta: «¿Tan mal os parece un denso velo corrido á la entrada del tálamo nupcial, y la religion guardando sus umbrales con ademan severo?» ¡Feliz alegoria que condensa en pocas palabras, todo lo que podria decirse en pro del matrimonio elevado á Sacramento!

La civilizacion, se ha dicho, y se repite á cada paso, no existe sino en el matrimonio. Tomaré, pues, este punto de partida para manifestar la influencia de la mujer en la civilizacion, considerándola como madre, como amante y como esposa.

Si el placer es el que, por punto general, nos inspira todos nuestros apegos terrestres, el amor de madre es, al contrario, el único que surge de enmedio de los sufrimientos. «¡Figuraos, dice Plutarco, las sensaciones de la mujer en los primeros dias del mundo, cuando despues de los dolores del parto, vió á su recien nacido, salpicado de sangre, y mas parecido á un animal desollado, que á una criatura

viva. Sin duda hubo de mirarle como un mal de que acababa de librarla naturaleza; ninguna gracia visible podia atraerla hácia él, su corazon no podia sentirse conmovido ni por el atractivo de las formas, ni por la dulzura de la voz, y sin embargo enardecida aun de sus dolores, temblando por la agonia de su trabajo, le lava, le acaricia, le toma en sus brazos, le envuelve en sus vestidos y le arrima á su seno, volviendo noches y dias sin cesar á un trabajo que no le cansa jamás; sin recoger en cambio de tantos sacrificios mas que llantos y gemidos!» ¡Cuadro, por cierto, verdadero y magnífico á la vez, expresion de una ley inmutable de la naturaleza, ley de conservacion tan solo, ley, finalmente, hija del instinto! No se limitan á eso sus afanes, sino que estando á su cuidado la vida del niño, le alimenta con la leche de sus pechos que son la rica y hermosa fuente que la sabia y próvida naturaleza tiene destinada á este objeto; siendo la recompensa de sus asíduos cuidados y su tierna solicitud, el lenguaje y graciosa gerga de su tierno hijo, su dificultad en la pronunciacion de las palabras y su risa cándida y amorosa que enternece el corazon mas estóico.

Si bien estos cuidados físicos son indispensables, de absoluta necesidad para el cuerpo del niño, hay otros de un órden mas elevado que han de alimentar su alma; pues debemos siempre recordar, que nunca se borran los sentimientos que nacen al rededor de nuestra cuna. ¿Y cómo sería posible que se borrasen, si los graban hondamente en los mas íntimos pliegues de nuestro corazon la dulce voz de una madre,

su ternura, su mirar suave, su graciosa sonrisa y sus amorosos besos; y hasta adquieren, por decirlo así, mas fuerza con el calor que nos comunica en su regazo?

Prescindiendo de los primeros tiempos de la vida, en que la madre es el fecundo manantial para el sosten de su tierno hijo, debemos considerar á este en adelante, bajo los dos puntos de vista del hombre intelectual y del hombre propiamente dicho, ó sea del hombre moral. Encárguense en buen hora los preceptores de formar al primero; el hombre moral, empero, no se forma sino sobre las rodillas de su madre; pues nadie ni nada es capaz de reemplazar esta educacion. Creer otra cosa, es confundir la educacion con la instruccion. «Si la madre, dice Le Maistre, considera un deber grabar profundamente en la frente de su hijo el carácter divino, podemos estar seguros de que la mano del vicio no lo borrará de ella jamás.» En efecto, la verdadera ciencia de las mujeres es la moral, por cuyo medio influyen poderosamente en la virtud de los hombres. ¡Desgraciado el hijo á quien un hado adverso le arrebata á su madre en sus mas tiernos años! ¿Quién ~~le~~ formará su corazon? ¿Quién le estrechará contra su seno? ¿Quién enjugará las preciosas lágrimas que, cual la lluvia en abril, se reproducen cien veces al dia? ¿Quién le defenderá de los bruscos arranques de ~~su~~ un padre por demás severo? ¿Quién, finalmente, sino una madre, olvidando su preciso sustento, y el sueño, y hasta su propia salud y vida, regará con amargas, abundantes y amorosas lágrimas la cuna de su hijo, cuya vida contempla

pendiente de un hilo, en una grave enfermedad? ¡Oh mujeres! podeis estar orgullosas, pues no presenta la naturaleza cuadro mas sublime ni mas patético, que el de una madre que anegada en llanto, desencajada su fisonomia, trastornada la inteligencia y traspasado de dolor su corazon; es arrancada del lado de la cuna de su hijo en el momento en que imprime el último beso de despedida sobre su rostro cárdeno y frio, al volar á la mansion de los justos.

Se dirá acaso, que la elevada mision de los sacerdotes en la tierra puede sustituir la no menos sublime de las madres sobre sus hijos, supuesto que el punto de partida para formar el corazon del niño, es la educacion religiosa y moral. Esta idea, que es una verdad en teoria, es un error en la práctica. En efecto, la educacion moral y religiosa que da la madre á su hijo, se la trasmite, digámoslo así, con el alimento que le da la vida, asi como le trasmite sus ideas, sus afectos, sus vicios y sus virtudes: la educacion de la madre es de todos los dias, de todas las horas, de todos los minutos, de todos los momentos, no sufre la menor interrupcion; al paso que la del sacerdote, por grandes que sean el esmero y cariño que en ella despliegue, ni es ni puede ser tan continuada, ni empezar en los primeros meses de la vida del niño; en una palabra, la educacion de este habla mas directamente á la inteligencia, la de aquella habla decididamente al corazon. Nada debemos extrañar esta diferencia en favor de las madres, supuesto que descansa en las eternas é inmutables leyes de la naturaleza, y todo lo que no se funda en estas, es

falso, efímero y perecedero. Oigamos, sino, los elevados conceptos de Aimé-Martin, acerca de este particular. «Los hijos, dice, siguen siempre la religion de sus madres. El modo de enseñar de los sacerdotes es dogmático, no se graba sino en la memoria, y Jesu-Cristo nos enseña que la religion quiere serlo en el corazon. Allí, en su lugar se hallarán las pasiones con la oracion de la infancia, aquella oracion aprendida palabra por palabra, repetida cada mañana, repetida cada noche; aquella oracion que hizo asomar en nuestra alma el sentimiento innato del infinito, el dia en que la madre, plegando por primera vez nuestras tiernas manitas, nos enseñó á pronunciar el nombre de Dios. Dulces lecciones de la cuna, oracion de los ángeles, que en medio no menos de nuestros gustos que de nuestras penas, se nos presenta en la imaginacion como un eco de la voz maternal.» En efecto, Ilmo. Sr., cuanto mas sublime sea la religion de nuestra madre, tanto mas vivas y mas profundas serán nuestras impresiones, y mayor, por lo tanto, el sosten de la nueva vida en la hora fatal en que los últimos rayos de nuestra inocencia oscilan y se desvanecen al fuego de nuestras pasiones. Ella, anhelando siempre nuestra felicidad, no nos abandona hasta que llega este terrible momento, hasta que nuestro corazon está formado, en cuya época, blando el jóven como la cera, no será mas que lo que quiera su madre, sobre todo si lo dirige por el camino del bien, que Dios cuida de allanarle. ¿Cómo extrañar, pues, que bajo tan felices auspicios, y siendo obra de una madre, nos acompañen hasta la tum-

ba los primeros sentimientos que esta nos ha inculcado, y que se cumpla aquel tan sabido proverbio de que «un jóven sigue su primera senda sin que la deje ni aun en la vejez»? «La suerte de un niño, decia Napoleon I, es siempre obra de su madre» y este ilustre guerrero se complacia en repetir que él era deudor á la suya de la elevada posicion en que se hallaba. De sesenta y nueve monarcas que han ceñido la corona de Francia, dice un filósofo de dicha nacion, solo tres han amado al pueblo; y ¡cosa notable! los tres fueron educados por sus madres. ¿Y quién mejor que una madre puede enseñarnos á posponer el vil interés y los favores de la fortuna al honor, á ese timbre el mas claro del escudo de nobleza del hombre, al cual no empaña jamás el hálito de los vicios, de la adulacion y de la bajeza, y que pueden poseer todas las clases de la sociedad? ¿Quién mejor que una tierna madre puede enseñarnos prácticamente á ejercer la caridad, á amar á nuestros semejantes y á socorrer la indigencia, haciendo que pase por las inocentes manos del niño la limosna que se da á un desgraciado? ¿Quién sino un corazon depravado puede echar en olvido esos actos generosos que se nos inculcan desde la infancia? Y en verdad, la virtud no solo se enseña, sino que se inspira; y en esto consiste el talento de las mujeres, las cuales nos hacen amar lo que desean, medio el mas á propósito de hacérnoslo querer tambien.

No es esto todo, pues la influencia de la madre sobre su hijo va muchas veces mas allá de la tumba. Veamos, en prueba de ello el siguiente epitafio tan

sencillo como filosófico que se lee en el cementerio Montparnasse de Paris: (1) «Duerme en paz, madre mia! Tu hijo te obedecerá siempre.» ¡Cuánto cariño filial en una sola línea! ¡Qué concepto tan elevado! ¡Qué superioridad de la mujer que supo inspirarlo!

Si el amor, esa llama que arde en el cielo, y cuyos dulces reflejos brillan hasta nosotros, es, segun la expresion de madama Stäel, la historia de la vida de las mujeres; ninguno las eleva á tan considerable altura, ninguno las rodea de tantas consideraciones, ninguno, finalmente, las constituye unos seres tan respetables, como el amor de madre, pues es sin disputa el mas sincero, duradero, desinteresado y sublime, y sobre el cual no es dado encontrar en este mundo un afecto mas puro y elevado; es, en una palabra, el que corona la grande obra que con las diversas clases de amor de que es capaz, consuma la mujer en la sociedad.

Ved ahi bosquejada, en pocas palabras, la influencia de la mujer como madre.

No es menos verdadera, aunque de menor importancia y duracion, la influencia de la mujer, considerada como amante. El hombre, en efecto, está sujeto á dicha influencia en el camino que recorre desde la cuna hasta el sepulcro.

Apenas sale el jóven de la inmediata tutela, por decirlo asi, y de la esfera de los cuidados de la madre, cuando cae de nuevo bajo el influjo de la mujer,

---

(1) Aimé-Martin.

influjo, empero, de otro carácter, y que está basado en la fogosidad y tirania de nuestras pasiones. El amor, tomado en su acepcion mas general, se hace dueño del corazon del jóven, al cual no puede este casi nunca sobreponerse, y de ahí el quedar nuevamente supeditado á la mujer. «Ah! dice Santa Teresa, si Satanás pudiese amar, dejaría de ser malo.» «Es el infierno un sitio donde no se ama.» Ved ahí recopilada la influencia de la mujer como amante, en estas notables palabras de tan célebre doctora de la Iglesia.

Llega el hombre á la edad de la adolescencia, y esta edad produce en él una revolucion tan radical que cambia completamente su destino. El sincero afecto de un amigo ya no le satisface, el tierno cariño de su madre ya no ocupa, como antes, todo su corazon: queda en él un vacío, y este vacío debe llenarlo una mujer, que habiéndole inspirado un amor puro, está destinada á ser mas adelante su compañera, la mitad de sí mismo, el ángel, por fin, que Dios crió para él, y al cual debe consagrar un amor único y eterno. Esta es una ley general y constante de la naturaleza, pues la mujer ha sido formada para amar y ser amada, siendo este amor y las lágrimas que tan á menudo acuden en su socorro, las dos armas principales que debe esgrimir, pero de un temple tal, que, con rarísimas excepciones, le dan el triunfo en la lucha. Por esto se ha dicho, y con razon, que la mujer nunca es mas fuerte, que cuando se arma de su debilidad y de sus lágrimas. Siendo este afecto un resorte ó motor tan universal, y disfrutan-

do de un poderío tan enérgico como estenso: quizás no han estado muy cuerdos los rígidos moralistas, siempre que han tratado de combatirlo ó sofocarlo, no menos que los legisladores que nos lo han querido presentar como funesto. Unos y otros solo debian haber tratado de dirigirlo de una manera conveniente, y reclamarlo mas bien en su auxilio, que rechazarlo. En efecto, un sentimiento tan elevado, que no es mas que una tendencia hácia lo bello y lo infinito, lejos de hacerlo odioso y prohibirlo á la juventud, deberia, al contrario, ofrecérsele como el blanco de las buenas acciones. como el premio de la virtud, inculcándole la idea de que las cualidades del alma, acompañadas ó no de la belleza física, son las que nos hacen mas dignos de amar y de ser amados. En efecto, el que sabe amar es valiente y esforzado, el que sabe amar es entusiasta por el honor y la justicia, el que sabe amar es casto, el que sabe amar, finalmente, es capaz de acometer las mas árduas empresas y de sufrir con resignacion las mayores desgracias. No hablo de ese amor físico, de ese amor sensual basado en las prendas del cuerpo, tan pobres, tan monótonas y tan pasageras; sino de aquel mas elevado, de aquel que se conoce con el nombre de *amor platónico*, que se funda *principalmente* en las prendas del alma, inagotable manantial de delicados y no interrumpidos placeres; no debiendo entenderse por tal, como hacen algunos, el amor puramente ideal, puramente metafísico; en este concepto no seria amor, seria tan solo amistad. Ahora bien, ¿quién duda que el hombre dominado por este amor es va-

liente en los combates y torneos, á la vista ó al simple recuerdo de su amante, porque la cobardía le degradaria á sus ojos? ¿Quién ignora que un noble guerrero enamorado perdidamente de su dama, renuncia á su posesion y hasta marcha sereno á la muerte, por no faltar á la palabra de honor que tiene empeñada, porque de no cumplirla, se creeria indigno del amor de la mujer á quien hasta la vida le sacrifica? ¿Quién no sabe que un hombre noble y pundonoroso sacrifica por igual motivo su felicidad, si ha de obtenerla á costa de la injusticia, de una accion baja ó de una traicion? ¿Quién no ha experimentado que un amor elevado desdeña y hace olvidar, hasta cierto punto, el amor sensual? Notables y repetidos ejemplos nos efrece á cada paso la sociedad, de jóvenes que no creyéndose dignos de poseer el amor de una mujer, por su escasa fortuna, atraviesan los mares en busca de otra mejor, con mil privaciones y hasta con inminente riesgo de su vida, ú ofrece su pecho á las balas de los enemigos. Instado una vez Lord Byron por sus amigos, para que defendiese en la cámara de los Pares una peticion de los encarcelados por deudas, no se decidió á emprender esta generosa accion: en seguida se le ocurrió una reflexion, se detuvo y exclamó: «¡Y bien, si N..... hubiese estado aquí, me lo hubiera hecho emprender! porque es una mujer que en medio de todas sus seducciones y de todos sus encantos me ha impulsado siempre hácia la gloria y hácia la virtud; y hubiera sido mi genio tutelar.» Vemos, por último, todos los dias, bajar á la tumba en la primavera de su vida, á multitud de

jóvenes que han apurado hasta las heces la copa de un amor desgraciado.

«¡El alma de los verdaderos amantes, dice Aimé-Martin, es como un templo santo en que el incienso quema incesantemente, en donde todas las voces hablan de Dios, en donde todas las esperanzas son de inmortalidad! En su bondad paternal el Criador colocó en la mas bella edad de la vida la felicidad de los hijos de la tierra, ~~en la mas~~ inmediata á la virtud.»

¡Cuántos ejemplos presenciamos diariamente, de mujeres, que aun antes de ser esposas, han ejercido por medio del amor, una influencia tal sobre sus jóvenes amantes, que les han arrancado de los brazos de las mujeres impuras, de la crápula, de las orgias, y bacanales, de la corrompida y espesa atmósfera de los tabucos, así como del embalsamado y claro ambiente de los aristocráticos salones, donde se fia al azar ó á la mala fé la fortuna y el hònor de las familias, donde el juego, ese abismo sin fondo ni ribera, hunde en una espantosa miseria á las mas elevadas clases de la sociedad. Convierten, en una palabra, á un ser degradado en otro ser noble, á un hombre inmoral en un hombre de moralidad y de provécho, hácenle, por último, odioso el vicio y adorable la virtud.

Ved ahí, pues, demostrada la influencia de la mujer como amante.

Considerémosla ahora en la esfera de esposa, y veremos no ser menor su influencia, ya nos la representemos en la clase media, y habitando en el campo ó en la ciudad, ya en la clase aristocrática y encer-

rada en un castillo feudal. El matrimonio dá al hombre una compañera, y un apoyo á la mujer, reuniendo bajo el mismo techo un ser fuerte y un ser débil; perfecta representacion de la primitiva sociedad. Dios quiso, en efecto, que el imperio del hombre se apoyase en la fuerza, y el de la mujer en la gracia, en la suavidad y en las caricias. De ahi la diferencia de su destino y de sus ocupaciones.

Si para mostrar la gran figura de una mujer como madre, en los primeros momentos de serlo, apelé á un cuadro de Plutarco; otro de Salomon me servirá para exponer el buen órden, arreglo y economia de una modesta familia, debidos á una virtuosa esposa.

En efecto, cuando este sabio se propuso retratarnos la prosperidad de una casa, no tomó ciertamente como tipo los trabajos del hombre, sino que echó mano de la grata influencia de la mujer.

Atribuye á esta todos los favores de la fortuna, y hasta la sabiduria que hace honor á su marido. La presenta vigilando los pasos de los suyos, y levantándose casi aun de noche para distribuir la lana á las criadas. La razon se expresa por su boca, la indulgencia descansa en sus labios, y jamás se la ve comer el pan en el ocio. De este modo los criados la respetan, los desdichados la bendicen, y cuando se presenta revestida de fuerza y de belleza, los hijos se levantan y la llamán fèliz, y el marido reuniendo sus elogios á los de sus hijos, la dice: «Muchas son las mujeres que han enriquecido su familia, pero vos las habeis llevado ventaja por el órden y prudencia que reinan

en vuestra casa.» La recompensa de la mujer fuerte en la Bíblia, es el respeto de los hijos, el amor de su marido y los homenages de cuantos la rodean.

¡Cuán verdadera y sencilla es la descripcion que de la labradora hacendosa nos hace Fenélon en su Telémaco! «Entretanto, dice, la madre de toda la familia prepara una comida sencilla á su esposo y á sus caros hijos, que han de volver cansados del trabajo del dia. Ordeña sus vacas y sus ovejas, y por resultado se ven manar riachuelos de leche. Enciende una hoguera grande, á cuyo derredor toda la familia inocente y pacífica se recrea cantando, y rindiéndose, por fin, al sueño.»

Creo del caso hacer notar, que para que la mujer ejerza en este último terreno una beneficiosa influencia sobre su familia, no debe dedicarse á los trabajos duros del campo, que embastecen su cutis, sus facciones y sus modales, perdiendo asi la belleza, y en su consecuencia, parte de su poder, á mas de que quedando desatendido, por esta razon, el arreglo interior de la casa, redunda en perjuicio de toda la familia. Esto no es decir, que no pueda dedicarse á algunas faenas del campo sencillas, y que exijan pocos esfuerzos, y que sean al mismo tiempo compatibles con los quehaceres domésticos. Evítese, pues, endurecer á la mujer con los trabajos rústicos y fuertes, porque no hay duda alguna que la delicadeza de esta es el enemigo mas poderoso de la ~~delicadeza~~ aspereza y embrutecimiento del hombre.

Hubo un tiempo en que se encontraron frente á frente en obstinada lucha la belleza de la mujer y la

barbarie del hombre, y á pesar del aparato de guerra y del ruido de las armas, modificóse esta, siendo vencida mas tarde. Encerradas las mujeres, cual prisioneras, en castillos y fortalezas, suavizaron las costumbres de los guerreros, hasta llegar á civilizarlos, pues si bien estos despreciaban su debilidad, adoraban sus encantos, arma la mas poderosa del bello sexo. Rodeadas, por do quiera de hierro, escudos y soldados, tuvieron que amoldarse, por esa misma debilidad á las pasiones de sus tiranos; adoptándolas, empero, tuvieron tambien la habilidad de suavizarlas. Vémoslas, en efecto, dirigir á los combatientes á la defensa de los desgraciados y de los débiles, convirtiéndose la caballería en una institucion protectora de la justicia y de la ley, y despues de haber conquistado reinos, se baten por la belleza de las damas, habiendo llegado la generosidad y galanteria hasta el punto de que un noble caballero retiró sus tropas, al llegar á su noticia que en el castillo, cuyo sitio iba á emprender, vivia refugiada, huyendo de la revolucion, la esposa de su enemigo, en vísperas de ser madre. ¡Qué contraste entre los belicosos instintos de un guerrero y la galanteria de un caballero noble y leal! Agradezcamos á la mujer un cambio tan radical y humanitario.

El hombre, se dice, consulta á su mujer. Si la consultase mas á menudo de lo que suele consultarla, á buen seguro que no veríamos tantas familias víctimas de desgracias que habia previsto el ojo avisor de una prudente esposa; pues es forzoso que concedamos ála mujer la preeminencia sobre el hombre, siempre que se trate de leer en los mas íntimos pliegues del corazon de este.

Añádase, por último á la esposa la influencia que la hemos visto ejercer antes sobre el amante, y quedará trazado el cuadro, si bien muy resumidamente, del ascendiente que tiene la mujer sobre su marido.

Prescindiendo del largo catálogo de las mujeres célebres, que ha dado lugar á que se escriba una Historia de las mismas, pues no lo considero propio de este sitio, me limitaré á recordar que ha habido una Isabel, que vivia en el Louvre, que entregó la Francia á un rey de Inglaterra; que moraba en una humilde cabaña, en los confines de la Lorena, una Juana de Arc, que batiendo á los ingleses, salva su patria, y despues de haber vivido la vida de los héroes, murió la muerte de los mártires: que Isabel la Católica se despoja de sus preciosas alhajas para abrir al inmortal Colon el camino que le habia de conducir al descubrimiento de un nuevo mundo, precisamente en los momentos en que se proponia reconquistar nuestra bella Granada, en cuya Alhambra plantó poco despues el glorioso estandarte de la cruz; que vivimos, finalmente, en el reinado de D.ª Isabel II, quien deseando ser digna imitadora de los preclaros hechos de su noble ascendiente, D.ª Isabel I de Castilla, dijo á sus consejeros y á la faz de toda la nacion en 1860, «disponed de mis alhajas para emprender la guerra de Africa.»

¡Qué espectáculo tan brillante ofrece esta misma Reina en el terreno científico, dándonos una prueba irrecusable de lo que influye en la civilizacion esa misma mujer, toda vez que, con las riendas del Estado en la mano, atiende con solicitud y esmero á los

adelantos progresivos de la instruccion pública, uno de los mas poderosos elementos de la felicidad de los pueblos!

¡Oh mujeres! vosotras reinais á pesar de vuestra debilidad y timidez, y el hombre es vuestro imperio, y vuestras armas el amor, el cariño y las lágrimas. Vosotras reinais sobre vuestros hijos, sobre vuestros amantes, sobre vuestros esposos y en una palabra, sobre todos los hombres, sean cuales fueren sus condiciones y estado. Procurad dirigir bien su corazon y su inteligencia, para que en lugar de embrutecerse en vuestros brazos, como sucede desgraciadamente en algunos paises, se civilicen á vuestros piés; y de esta manera cumplireis la elevada mision que os ha confiado la Providencia.

He dado cima á mi tarea, Ilmo. Sr., no de una manera digna de un acto tan solemne, y de un auditorio tan ilustrado, ni conforme á mi voluntad, bien lo conozco; pero sí tal cual me lo han permitido mis débiles fuerzas, las cuales no consulté de intento, por no verme en la crítica situacion de tener que renunciar á un alto honor que se me ha dispensado.

Antes de dejar, empero, la cátedra, creo de mi deber dirigirme, aunque sea por breves instantes, á los alumnos que confian su instruccion á nuestros cuidados. Jóvenes, que frecuentais nuestras cátedras, recordad que pisais todos los dias los umbrales de una respetable escuela que ha dado á las letras y á la patria un número considerable de varones ilustres, que han ocupado los mas elevados puestos del Estado; recordad la triste ceremonia que tuvo lugar pocos meses há, en es-

te mismo recinto, adornado de negros crespones, para prestar el último homenaje de respeto á las elevadas cualidades del patriarca de la literatura española de nuestros dias, uno de los mas bellos florones que se desprendió de la corona de esta Universidad, y cuya muerte anunciada por un agudo gemido de dolor que se exhaló de uno á otro confin de nuestra patria, cubrió de luto las letras españolas. Fácilmente conocereis que aludo al ilustre Martinez de la Rosa. Proponeos como modelos á tan eminentes varones; procurad ser dignos émulos de sus glorias; recordad sus nombres, si desmayais en el camino que habeis emprendido, y alcanzareis, á no dudarlo, las inmarcesibles coronas de laurel, que están reservadas á la virtud, á la aplicacion y al talento; no mireis jamás con desdeño á los celosos profesores que estimulándoos de continuo á la aplicacion y al recto cumplimiento de vuestros deberes, os privan á menudo de los entretenimientos y placeres de la sociedad que tanto halagan á la juventud incauta é inexperta; miradlos, al contrario, como á unos segundos padres que para vuestros adelantos os proporciona en vuestra horfandad pasagera la maternal solicitud de S. M. Recordad que el *progreso* es el símbolo del siglo en que vivimos, y que el medio mas seguro para empujarlo y darle alas, es el trabajo, verdadero é inagotable manantial de riqueza de los pueblos, y al cual nos condenó la palabra divina desde la caida del primer hombre. Comparad, sino, el estado floreciente de aquellos en que la palabra trabajo es una de las primeras que se enseña á balbucear á los niños, y uno

de los primeros actos á que se les acostumbra; y el abatimiento y atraso en que se hallan, los que viven en el ocio y la molicie. Considerad que sois los obreros de la inteligencia, y que asi como los obreros físicos pasan la mayor parte del dia trabajando en sus talleres ó en el campo, vosotros retirados del bullicio de la sociedad, debeis registrar de dia y de noche los libros de vuestras respectivas asignaturas, cumpliendo asi con aquel tan sabido como util precepto del poeta, de

.... vos exemplaria grœca
nocturná versate manu, versate diurná.

Vosotros, especialmente los que habeis emprendido y los que seguís los estudios de la ciencia de curar, sufrid con paciencia y resignacion las incomodidades anejas á los ~~primeros,~~ mismos tratad con cariño y amabilidad á los desvalidos enfermos, que os proporcionan los conocimientos prácticos, considerad que la Medicina es un verdadero sacerdocio, no cerreis nunca las puertas al desgraciado que acude á vosotros en busca de la salud, como á un ángel tutelar, por la frívola razon de no poder recompensar con el oro vuestro trabajo; pues un médico metalizado es el oprobio de la Medicina y de los médicos. «¿Qué vale en verdad, dice el Nestor de la Medicina alemana, un puñado de oro comparado con las lágrimas de reconocimiento que asoman á los ojos del pobre, el cual se nos obliga por entero y se constituye nuestro eterno deudor, cabalmente porque nada puede decirnos ni darnos.....?» «Mis mejores enfermos son los pobres, decia el gran Boerhaave, porque á Dios

incumbe el pagarme por ellos.» Imitad en todo á esos nobles modelos, pues á la vez que os colmarán de bendiciones los desgraciados, sereis dignos por vuestra probidad de llevar el verdadero título de médico, tal cual lo ha definido el venerable Hipócrates: «Vir probus medendi peritus.»

Finalmente, alumnos todos, no olvideis jamás los inmensos y continuados sacrificios que hacen vuestros padres con el objeto de proporcionaros un honroso porvenir y una brillante posicion en la sociedad, sacrificios que llegan á veces hasta el extremo de acortar los dias de su existencia; mostraos agradecidos á sus desvelos, no desoigais nunca sus consejos saludables: sacrificaos por ellos, como ellos se han sacrificado por vosotros, si llega el caso de que encontrándose solos y sin fortuna, debais ser el báculo de su vejez; no os ruborice, no, ni aun en la edad adulta, imprimir los ósculos del mas puro amor filial en aquellas manos, de las cuales tantos beneficios habeis recibido; recordad que el que no es buen hijo no puede ser buen esposo ni buen padre de familia, ni buen ciudadano; pero adorad sobre todo á vuestras madres; grabad profundamente en vuestra memoria los principios morales y religiosos que os han inspirado; y cuando sufrais la honda desgracia de perderlas, recordad que os estan mirando desde el cielo, y si algun dia envueltos en el torbellino de las pasiones zozobrais en el buen desempeño de vuestros deberes, evocad su memoria, que cual angel tutelar, fortalecerá vuestro espíritu, y os llevará por la senda del honor, único patrimonio de los que no hemos heredado bienes de fortuna.—He dicho.